Rodolfo J. WALSH.



El 24 de marzo de 1977, al cumplir un año la junta militar en el poder, Rodolfo J. Walsh le dirigió una carta con el resumen verdadero de lo ocurrido en la Argentina durante los doce meses anteriores. Al día siguiente salió de su casa llevando consigo la carta acusatoria y fue secuestrado en las calles de Buenos Aires. A juicio de García Márquez, esa carta "quedará siempre como una obra maestra del periodismo universal".

Nació en 1927, en Choele-Choel, provincia de Río Negro. Su padre, de ascendencia irlandesa, era mayordomo de una estancia. En 1936 entró en un colegio irlandés para huérfanos en Capilla del Señor. El internado, más o menos equivalente a un reformatorio, terminaría siendo escenario de sus "cuentos irlandeses": "Irlandeses detrás de un gato", "Los oficios terrestres" (el relato, no el libro del mismo título) y *Un oscuro día de justicia*, escritos entre 1965 y 1968. Trabajó como corrector de pruebas en una importante editorial y en 1953, a los 26 años, publicó *Variaciones en Rojo*, tres relatos protagonizados por Daniel Hernández, corrector de pruebas y detective amateur.

La noche del 9 de junio de 1956, Walsh jugaba al ajedrez en un café de La Plata cuando escuchó un tiroteo. Al volver a su casa la encontró ocupada por soldados. Una insurrección había dejado un saldo de 34 muertos. Walsh decidió investigar y pedir justicia. De esa investigación nació *Operación masacre*, que podría considerarse una de las primeras "novelas verídicas" escritas en castellano, anticipándose nueve años al "New Journalism", o sea, procedimientos novelísticos aplicados al relato de hechos verdaderos (tal vez los únicos antecedentes sean *Facundo*, de Sarmiento, y *El matadero*, de Esteban Echeverría). Las otras "nonfiction novels" de Walsh fueron *El caso Satanowsky* (1958) y *¿Quién mató a Rosendo?* (1969).

Su recorrido podría esquematizarse así: la corrección de pruebas lo llevó a la literatura; la literatura, al periodismo y el periodismo, a la militancia. Fue uno de los fundadores de Prensa Latina y director de *CGT*, el órgano de la Confederación General de Trabajadores, militante del Partido Montonero, creador de *Semanario Villero* y de una escuela destinada a formar periodistas populares en una villa miseria.

En 1965 publicó *Los oficios terrestres* y en 1967, *Un kilo de oro*. "El cuento titulado 'Esa mujer' se refiere a un episodio histórico que todos en la Argentina recuerdan" –escribe Rodolfo Walsh en un breve prólogo a *Los oficios terrestres*, de donde procede este relato–. "La conversación que reproduce es, en lo esencial, verdadera. Comencé a escribirlo en 1961, lo terminé en 1964, pero no tardé tres años, sino dos días: un día de 1961 y un día de 1964. No he descubierto las leyes que hacen que ciertos temas se resistan durante lustros enteros a muchos cambios de enfoque y de técnica, mientras que otros se escriben casi solos." A partir de una opción militante, Walsh rompió las fronteras de los géneros y demostró lo que años después diría E. L. Doctorow: no hay "ficción" y "no-ficción": tan sólo hay literatura.

ESA

mujer

Por Rodolfo J. Walsh

El coronel elogia mi puntualidad:

–Es puntual como los alemanes –dice.

–O como los ingleses.

El coronel tiene apellido alemán.

Es un hombre corpulento, canoso, de cara ancha, tostada.

–He leído sus cosas –propone–. Lo felicito.

Mientras sirve dos grandes vasos de whisky, me va informando, casualmente, que tiene veinte años de servicios de informaciones, que ha estudiado filosofía y letras, que es un curioso del arte. No subraya nada, simplemente deja establecido el terreno en que podemos operar, una zona vagamente común.

Desde el gran ventanal del décimo piso se ve la ciudad en el atardecer, las luces pálidas del río. Desde aquí es fácil amar, siquiera momentáneamente, a Buenos Aires. Pero no es ninguna forma concebible de amor lo que nos ha reunido.

El coronel busca unos nombres, unos papeles que acaso yo tenga.

Yo busco una muerta, un lugar en el mapa. Aún no es una búsqueda, es apenas una fantasía: la clase de fantasía perversa que algunos sospechan que podría ocurrírseme.

Algún día (pienso en momentos de ira) iré a buscarla. Ella no significa nada para mí, y sin embargo iré tras el misterio de su muerte, detrás de sus restos que se pudren lentamente en algún remoto cementerio. Si la encuentro, frescas altas olas de cólera, miedo y frustrado amor se alzarán, poderosas vengativas olas, y por un momento ya no me sentiré solo, ya no me sentiré como una arrastrada, amarga, olvidada sombra.

El coronel sabe dónde está.

Se mueve con facilidad en el piso de muebles ampulosos, ornado de marfiles y de bronces, de platos de Meissen y Cantón. Sonrío ante el Jongkind falso, el Figari dudoso. Pienso en la cara que pondría si le dijera quién fabrica los Jongkind, pero en cambio elogio su whisky.

El bebe con vigor, con salud, con entusiasmo, con alegría, con superioridad, con desprecio. Su cara cambia y cambia, mientras sus manos gordas hacen girar el vaso lentamente.

–Esos papeles –dice.

Lo miro.

–Esa mujer, coronel.

Sonríe.

–Todo se encadena –filosofa. A un potiche de porcelana de Viena le falta una esquirla en la base. Una lámpara de cristal está rajada. El coronel, con los ojos brumosos y sonriendo, habla de la bomba.

–La pusieron en el palier. Creen que yo tengo la culpa. Si supieran lo que he hecho por ellos, esos roñosos.

–¿Mucho daño? –pregunto. Me importa un carajo.

–Bastante. Mi hija. La he puesto en manos de un psiquiatra. Tiene doce años –dice.

El coronel bebe, con ira, con tristeza, con miedo, con remordimiento.

Entra su mujer, con dos pocillos de café.

–Contále vos, Negra.

Ella se va sin contestar; una mujer alta, orgullosa, con un rictus de neurosis. Su desdén queda flotando como una nubecita.

–La pobre quedó muy afectada –explica el coronel–. Pero a usted no le importa esto.

–¡Cómo no me va a importar!... Oí decir que al capitán N y al mayor X también les ocurrió alguna desgracia después de aquello.

El coronel se ríe.

–La fantasía popular –dice–. Vea cómo trabaja. Pero en el fondo no inventan nada. No hacen más que repetir.

Enciende un Marlboro, deja el paquete a mi alcance sobre la mesa.

–Cuénteme cualquier chiste –dice.

Pienso. No se me ocurre.

–Cuénteme cualquier chiste político, el que quiera, y yo le demostraré que estaba inventado hace veinte años, cincuenta años, un siglo. Que se usó tras la derrota de Sedán, o a propósito de Hindenburg, de Dollfuss, de Badoglio.

–¿Y esto?

–La tumba de Tutankamón –dice el coronel–. Lord Carnavon. Basura.

El coronel se seca la transpiración con la mano gorda y velluda.

–Pero el mayor X tuvo un accidente, mató a su mujer.

–¿Qué más? –dice, haciendo tintinear el hielo en el vaso.

–Le pegó un tiro una madrugada.

–La confundió con un ladrón –sonríe el coronel–. Esas cosas ocurren.

–Pero el capitán N...

–Tuvo un choque de automóvil, que lo tiene cualquiera, y más él, que no ve un caballo ensillado cuando se pone en pedo.

–¿Y usted, coronel?

–Lo mío es distinto –dice–. Me la tienen jurada.

Se para, da una vuelta alrededor de la mesa.

–Creen que yo tengo la culpa. Esos roñosos no saben lo que yo hice por ellos. Pero algún día se va a escribir la historia. A lo mejor la va a escribir usted.

–Me gustaría.

–Y yo voy a quedar limpio, yo voy a quedar bien. No es que me importe quedar bien con esos roñosos, pero sí ante la historia, ¿comprende?

–Ojalá dependa de mí, coronel.

–Anduvieron rondando. Una noche, uno se animó. Dejó la bomba en el palier y sa-

“Yo busco una muerta, un lugar en el mapa. Aún no es una búsqueda, es apenas una fantasía: la clase de fantasía perversa que algunos sospechan que podría ocurrírseme.





Noticia biográfica de Guillermo Piro. De *Los oficios terrestres*. Se reproduce aquí por gentileza

ESA mujer



Por Rodolfo J. Walsh

El coronel elogia mi puntualidad:

–Es puntual como los alemanes –dice.

–O como los ingleses.

El coronel tiene apellido alemán.

Es un hombre corpulento, canoso, de cara ancha, tostada.

–He leído sus cosas –propone–. Lo felicito.

Mientras sirve dos grandes vasos de whisky, me va informando, casualmente, que tiene veinte años de servicios de informaciones, que ha estudiado filosofía y letras, que es un curioso del arte. No subraya nada, simplemente deja establecido el terreno en que podemos operar, una zona vagamente común.

Desde el gran ventanal del décimo piso se ve la ciudad en el atardecer, las luces pálidas del río. Desde aquí es fácil amar, siquiera momentáneamente, a Buenos Aires. Pero no es ninguna forma concebible de amor lo que nos ha reunido.

El coronel busca unos nombres, unos papeles que acaso yo tenga.

Yo busco una muerta, un lugar en el mapa. Aún no es una búsqueda, es apenas una fantasía: la clase de fantasía perversa que algunos sospechan que podría ocurrírseme.

Algún día (pienso en momentos de ira) iré a buscarla. Ella no significa nada para mí, y sin embargo iré tras el misterio de su muerte, detrás de sus restos que se pudren lentamente en algún remoto cementerio. Si la encuentro, frescas altas olas de cólera, miedo y frustrado amor se alzarán, poderosas vengativas olas, y por un momento ya no me sentiré solo, ya no me sentiré como una arrastrada, amarga, olvidada sombra.

El coronel sabe dónde está.

Se mueve con facilidad en el piso de muebles ampulosos, ornado de marfiles y de bronces, de platos de Meissen y Cantón. Sonrío ante el Jongkind falso, el Figari dudoso. Pienso en la cara que pondría si le dijera quién fabrica los Jongkind, pero en cambio elogio su whisky.

El bebe con vigor, con salud, con entusiasmo, con alegría, con superioridad, con desprecio. Su cara cambia y cambia, mientras sus manos gordas hacen girar el vaso lentamente.

–Esos papeles –dice.

Lo miro.

–Esa mujer, coronel.

Sonríe.

–Todo se encadena –filosofa. A un potiche de porcelana de Viena le falta una esquirla en la base. Una lámpara de cristal está rajada. El coronel, con los ojos brumosos y sonriendo, habla de la bomba.

–La pusieron en el palier. Creen que yo tengo la culpa. Si supieran lo que he hecho por ellos, esos roñosos.

–¿Mucho daño? –pregunto. Me importa un carajo.

–Bastante. Mi hija. La he puesto en manos de un psiquiatra. Tiene doce años –dice.

El coronel bebe, con ira, con tristeza, con miedo, con remordimiento.

Entra su mujer, con dos pocillos de café.

–Contále vos, Negra.

Ella se va sin contestar; una mujer alta, orgullosa, con un rictus de neurosis. Su desdén queda flotando como una nubecita.

–La pobre quedó muy afectada –explica el coronel–. Pero a usted no le importa esto.

–¡Cómo no me va a importar!... Oí decir que al capitán N y al mayor X también les ocurrió alguna desgracia después de aquello.

El coronel se ríe.

–La fantasía popular –dice–. Vea cómo trabaja. Pero en el fondo no inventan nada. No hacen más que repetir.

Enciende un Marlboro, deja el paquete a mi alcance sobre la mesa.

–Cuénteme cualquier chiste –dice.

Pienso. No se me ocurre.

–Cuénteme cualquier chiste político, el que quiera, y yo le demostraré que estaba inventado hace veinte años, cincuenta años, un siglo. Que se usó tras la derrota de Sedán, o a propósito de Hindenburg, de Dollfuss, de Badoglio.

–¿Y esto?

–La tumba de Tutankamón –dice el coronel–. Lord Carnavon. Basura.

El coronel se seca la transpiración con la mano gorda y velluda.

–Pero el mayor X tuvo un accidente, mató a su mujer.

–¿Qué más? –dice, haciendo tintinear el hielo en el vaso.

–Le pegó un tiro una madrugada.

–La confundió con un ladrón –sonríe el coronel–. Esas cosas ocurren.

–Pero el capitán N...

–Tuvo un choque de automóvil, que lo tiene cualquiera, y más él, que no ve un caballo ensillado cuando se pone en pedo.

–¿Y usted, coronel?

–Lo mío es distinto –dice–. Me la tienen jurada.

Se para, da una vuelta alrededor de la mesa.

–Creen que yo tengo la culpa. Esos roñosos no saben lo que yo hice por ellos. Pero algún día se va a escribir la historia. A lo mejor la va a escribir usted.

–Me gustaría.

–Y yo voy a quedar limpio, yo voy a quedar bien. No es que me importe quedar bien con esos roñosos, pero sí ante la historia, ¿comprende?

–Ojalá dependa de mí, coronel.

–Anduvieron rondando. Una noche, uno se animó. Dejó la bomba en el palier y salió corriendo.



Yo busco una muerta, un lugar en el mapa. Aún no es una búsqueda, es apenas una fantasía: la clase de fantasía perversa que algunos sospechan que podría ocurrírseme.



Mete la mano en una vitrina, saca una figurita de porcelana policromada, una pastora con un cesto de flores.

–Mire.

A la pastora le falta un bracito.

–Derby –dice–. Doscientos años.

La pastora se pierde entre sus dedos repentinamente tiernos. El coronel tiene una mueca de fierro en la cara nocturna, dolorida.

–¿Por qué creen que usted tiene la culpa?

–Porque yo la saqué de donde estaba, eso es cierto, y la llevé donde está ahora, eso también es cierto. Pero ellos no saben lo que querían hacer, esos roñosos no saben nada, y no saben que fui yo quien lo impidió. El coronel bebe, con ardor, con orgullo, con fiereza, con elocuencia, con método.

–Porque yo he estudiado historia. Puedo ver las cosas con perspectiva histórica. Yo he leído a Hegel.

–¿Qué querían hacer?

–Fondearla en el río, tirarla de un avión, quemarla y arrojar los restos por el inodoro, diluirla en ácido. ¡Cuánta basura tiene que oír uno! Este país está cubierto de basura, uno no sabe de dónde sale tanta basura, pero estamos todos hasta el cogote.

–Todos, coronel. Porque en el fondo estamos de acuerdo, ¿no? Ha llegado la hora de destruir. Habría que romper todo.

–Y orinarle encima.

–Pero sin remordimientos, coronel. Enarbolando alegremente la bomba y la picana. ¡Salud! –digo levantando el vaso.

No contesta. Estamos sentados junto al ventanal. Las luces del puerto brillan: azul mercurio. De a ratos se oyen las bocinas de los automóviles, arrastrándose lejanas como las voces de un sueño. El coronel es apenas la mancha gris de su cara sobre la mancha blanca de su camisa.

–Esa mujer –le oigo murmurar–. Estaba desnuda en el ataúd y parecía una virgen. La piel se le había vuelto transparente. Se veían las metástasis del cáncer, como esos dibujitos que uno hace en una ventanilla mojada.

El coronel bebe. Es duro.

–Desnuda –dice–. Eramos cuatro o cinco y no queríamos mirarnos. Estaba ese capitán de navío, y el gallego que la embalsamó, y no me acuerdo quién más. Y cuando la sacamos del ataúd –el coronel se pasa la mano por la frente–, cuando la sacamos, ese gallego asqueroso...

Oscurece por grados, como en un teatro. La cara del coronel es casi invisible. Sólo el whisky brilla en su vaso, como un fuego que se apaga despacio. Por la puerta abierta del departamento llegan remotos ruidos. La puerta del ascensor se ha cerrado en la planta baja, se ha abierto más cerca. El enorme edificio cuchichea, respira, gorgotea con sus cañerías, sus incineradores, sus cocinas, sus chicos, sus televisores, sus sirvientas. Y ahora el coronel se ha parado, empuña una metralleta que no le vi sacar de ninguna parte, y en puntas de pie camina hacia el palier, enciende la luz de golpe, mira el ascético, geométrico, irónico vacío del palier, del ascensor, de la escalera, donde no hay absolutamente nadie y regresa despacio, arrastrando la metralleta.

–Me pareció oír. Esos roñosos no me van a agarrar descuidado, como la vez pasada.

Se sienta más cerca del ventanal ahora. La metralleta ha desaparecido y el coronel divaga nuevamente sobre aquella gran escena de su vida.

–... se le tiró encima, ese gallego asqueroso. Estaba enamorado del cadáver, la tocaba, le manoseaba los pezones. Le di una trompada, mire –el coronel se mira los nudillos–, que lo tiré contra la pared. Está todo podrido, no respetan ni a la muerte. ¿Le molesta la oscuridad?

–No.

–Mejor. Desde aquí puedo ver la calle. Y pensar. Pienso siempre. En la oscuridad se piensa mejor.

Vuelve a servirse un whisky.

–Pero esa mujer estaba desnuda –dice, argumenta contra un invisible contradictor–. Tuve que taparle el monte de Venus, le puse una mortaja y el cinturón franciscano.

Bruscamente se ríe.

–Tuve que pagar la mortaja de mi bolsillo. Mil cuatrocientos pesos. Eso le demuestra, ¿eh? Eso le demuestra.

Repite varias veces "Eso le demuestra", como un juguete mecánico, sin decir qué es lo que eso me demuestra. –Tuve que buscar ayuda para cambiarla de ataúd. Llamé a unos obreros que había por ahí. Figúrese cómo se quedaron. Para ellos era una diosa, qué sé yo las cosas que les meten en la cabeza, pobre gente.

–¿Pobre gente?

–Sí, pobre gente. –El coronel lucha contra una escurridiza cólera interior–. Yo también soy argentino.

–Yo también, coronel, yo también. Somos todos argentinos.

–Ah, bueno –dice.

–¿La vieron así?

–Sí, ya le dije que esa mujer estaba desnuda. Una diosa, y desnuda, y muerta. Con toda la muerte al aire, ¿sabe? Con todo, con todo...

La voz del coronel se pierde en una perspectiva surrealista, esa frasecita cada vez más remota encuadrada en sus líneas de fuga, y el descenso de la voz manteniendo una divina proporción o qué. Yo también me sirvo un whisky.



La cara del coronel es casi invisible. Sólo el whisky brilla en su vaso, como un fuego que se apaga despacio. Por la puerta abierta del departamento llegan remotos ruidos.

–Para mí no es nada –dice el coronel–. Yo estoy acostumbrado a ver mujeres desnudas. Muchas en mi vida. Y hombres muertos. Muchos en Polonia, el '39. Yo era agregado militar, dése cuenta.

Quiero darme cuenta, sumo mujeres desnudas más hombres muertos, pero el resultado no me da, no me da, no me da... Con un solo movimiento muscular me pongo sobrio, como un perro que se sacude el agua.

–A mí no me podía sorprender. Pero ellos...

–¿Se impresionaron?

–Uno se desmayó. Lo desperté a bofetadas. Le dije: "Maricón, ¿esto es lo que hacés cuando tenés que enterrar a tu reina? Acordáte de San Pedro, que se durmió cuando lo mataban a Cristo". Después me agradeció.

Miro la calle. "Coca" dice el letrero, plata sobre rojo. "Cola" dice el letrero, plata sobre rojo. La pupila inmensa crece, círculo rojo tras concéntrico círculo rojo, invadiendo la noche, la ciudad, el mundo. "Beba".

–Beba –dice el coronel.

Bebo.

–¿Me escucha?

–Lo escucho.

–Le cortamos un dedo.

–¿Era necesario?

El coronel es de plata, ahora. Se mira la punta del índice, la demarca con la uña del pulgar y la alza.

–Tantito así. Para identificarla.

–¿No sabían quién era?

Se ríe. La mano se vuelve roja. "Beba".

–Sabíamos, sí. Las cosas tienen que ser legales. Era un acto histórico, ¿comprende?

–Comprendo.

–La impresión digital no agarra si el dedo está muerto. Hay que hidratarlo. Más tarde se lo pegamos.

–¿Y?

–Era ella. Esa mujer era ella.

–¿Muy cambiada?

–No, no, usted no me entiende. Igualita. Parecía que iba a hablar, que iba a... Lo del dedo es para que todo fuera legal. El profesor R. controló todo, hasta le sacó radiografías.

–¿El profesor R.?

–Sí. Eso no lo podía hacer cualquiera. Hacía falta alguien con autoridad científica, moral.

En algún lugar de la casa suena, remota, entrecortada, una campanilla. No veo entrar a la mujer del coronel, pero de pronto está ahí, su voz amarga, inconquistable:

–¿Enciendo?

–No. –Teléfono.

–Decíles que no estoy.

Desaparece.

–Es para putearme –explica el coronel–. Me llaman a cualquier hora. A las tres de la madrugada, a las cinco.

–Ganas de joder –digo alegremente.

–Cambié tres veces el número del teléfono. Pero siempre lo averiguan.

–¿Qué le dicen?

–Que a mi hija le agarre la polio. Que me van a cortar los huevos. Basura.

Oigo el hielo en el vaso, como un cencerro lejano.

–Hice una ceremonia, los arengué. Yo respeto las ideas, les dije. Esa mujer hizo mucho por ustedes. Yo la voy a enterrar como cristiana. Pero tienen que ayudarme.

El coronel está de pie y bebe con coraje, con exasperación, con grandes y altas ideas que refluyen sobre él como grandes y altas olas contra un peñasco y lo dejan intocado y seco, recortado y negro, rojo y plata.

–La sacamos en un furgón, la tuve en Viamonte, después en 25 de Mayo, siempre cuidándola, protegiéndola, escondiéndola. Me la querían quitar, hacer algo con ella. La tapé con una lona, estaba en mi despacho, sobre un armario, muy alto. Cuando me preguntaban qué era, les decía que era el transmisor de Córdoba, la Voz de la Libertad.

Ya no sé dónde está el coronel. El reflejo plateado lo busca, la pupila roja. Tal vez ha salido. Tal vez ambula entre los muebles. El edificio huele vagamente a sopa en la cocina, colonia en el baño, pañales en la cuna, remedios, cigarrillos, vida, muerte.

–Llueve –dice su voz extraña.

Miro el cielo: el perro Sirio, el cazador Orión.

–Llueve día por medio –dice el coronel–. Día por medio llueve en un jardín donde todo se pudre, las rosas, el pino, el cinturón franciscano.

Dónde, pienso, dónde.

–¡Está parada! –grita el coronel–. ¡La enterré parada, como Facundo, porque era un macho!

Entonces lo veo en la otra punta de la mesa. Y por un momento, cuando el resplandor cárdeno lo baña, creo que llora, que gruesas lágrimas le resbalan por la cara.

–No me haga caso –dice, se sienta–. Estoy borracho.

Y largamente llueve en su memoria.

Me paro, le toco el hombro.

–¿Eh? –dice–. ¿Eh? –dice.

Y me mira con desconfianza, como un ebrio que se despierta en un tren desconocido.

–¿La sacaron del país?

–Sí.

–¿La sacó usted?

–Sí.

–¿Cuántas personas saben?

–Dos.

–¿El Viejo sabe?

Se ríe.

–Cree que sabe.

–¿Dónde?

No contesta.

–Hay que escribirlo, publicarlo.

–Sí. Algún día.

Parece cansado, remoto.

–¡Ahora! –me exaspero–. ¿No le preocupa la historia? ¡Yo escribo la historia y usted queda bien, bien para siempre, coronel!

La lengua se le pega al paladar, a los dientes.

–Cuando llegue el momento... usted será el primero... –No, ya mismo. Piense. *Paris Match. Life.* Cinco mil dólares. Diez mil. Lo que quiera.

Se ríe.

–¿Dónde, coronel, dónde?

Se para despacio, no me conoce. Tal vez va a preguntarme quién soy, qué hago ahí.

Y mientras salgo derrotado, pensando que tendré que volver, o que no volveré nunca. Mientras mi dedo índice inicia ya ese infatigable itinerario por los mapas, uniendo isoyetas, probabilidades, complicidades. Mientras sé que ya no me interesa, y que justamente no moveré un dedo, ni siquiera en un mapa, la voz del coronel me alcanza como una revelación:

–Es mía –dice simplemente–. Esa mujer es mía. ■

Noticia biográfica de Guillermo Piro. De *Los oficios terrestres*. Se reproduce aquí por gentileza de Ediciones De la Flor.

lió corriendo.

Mete la mano en una vitrina, saca una figurita de porcelana policromada, una pastora con un cesto de flores.

–Mire.

A la pastora le falta un bracito.

–Derby –dice–. Doscientos años.

La pastora se pierde entre sus dedos repentinamente tiernos. El coronel tiene una mueca de fierro en la cara nocturna, dolorida.

–¿Por qué creen que usted tiene la culpa?

–Porque yo la saqué de donde estaba, eso es cierto, y la llevé donde está ahora, eso también es cierto. Pero ellos no saben lo que querían hacer, esos roñosos no saben nada, y no saben que fui yo quien lo impidió. El coronel bebe, con ardor, con orgullo, con fiereza, con elocuencia, con método.

–Porque yo he estudiado historia. Puedo ver las cosas con perspectiva histórica. Yo he leído a Hegel.

–¿Qué querían hacer?

–Fondearla en el río, tirarla de un avión, quemarla y arrojar los restos por el inodoro, diluirla en ácido. ¡Cuánta basura tiene que oír uno! Este país está cubierto de basura, uno no sabe de dónde sale tanta basura, pero estamos todos hasta el cogote.

–Todos, coronel. Porque en el fondo estamos de acuerdo, ¿no? Ha llegado la hora de destruir. Habría que romper todo.

–Y orinarle encima.

–Pero sin remordimientos, coronel. Enarbolando alegremente la bomba y la picana. ¡Salud! –digo levantando el vaso.

No contesta. Estamos sentados junto al ventanal. Las luces del puerto brillan: azul mercurio. De a ratos se oyen las bocinas de los automóviles, arrastrándose lejanas como las voces de un sueño. El coronel es apenas la mancha gris de su cara sobre la mancha blanca de su camisa.

–Esa mujer –le oigo murmurar–. Estaba desnuda en el ataúd y parecía una virgen. La piel se le había vuelto transparente. Se veían las metástasis del cáncer, como esos dibujitos que uno hace en una ventanilla mojada.

El coronel bebe. Es duro.

–Desnuda –dice–. Eramos cuatro o cinco y no queríamos mirarnos. Estaba ese capitán de navío, y el gallego que la embalsamó, y no me acuerdo quién más. Y cuando la sacamos del ataúd –el coronel se pasa la mano por la frente–, cuando la sacamos, ese gallego asqueroso...

Oscurece por grados, como en un teatro. La cara del coronel es casi invisible. Sólo el whisky brilla en su vaso, como un fuego que se apaga despacio. Por la puerta abierta del departamento llegan remotos ruidos. La puerta del ascensor se ha cerrado en la planta baja, se ha abierto más cerca. El enorme edificio cuchichea, respira, gorgotea con sus cañerías, sus incineradores, sus cocinas, sus chicos, sus televisores, sus sirvientas. Y ahora el coronel se ha parado, empuña una metralleta que no le vi sacar de ninguna parte, y en puntas de pie camina hacia el palier, enciende la luz de golpe, mira el ascético, geométrico, irónico vacío del palier, del ascensor, de la escalera, donde no hay absolutamente nadie y regresa despacio, arrastrando la metralleta.

–Me pareció oír. Esos roñosos no me van a agarrar descuidado, como la vez pasada.

Se sienta más cerca del ventanal ahora. La metralleta ha desaparecido y el coronel divaga nuevamente sobre aquella gran escena de su vida.

–... se le tiró encima, ese gallego asqueroso. Estaba enamorado del cadáver, la tocaba, le manoseaba los pezones. Le di una trompada, mire –el coronel se mira los nudillos–, que lo tiré contra la pared. Está todo podrido, no respetan ni a la muerte. ¿Le molesta la oscuridad?

–No.

–Mejor. Desde aquí puedo ver la calle. Y pensar. Pienso siempre. En la oscuridad se piensa mejor.

Vuelve a servirse un whisky.

–Pero esa mujer estaba desnuda –dice, argumenta contra un invisible contradictor–. Tuve que taparle el monte de Venus, le puse una mortaja y el cinturón franciscano.

Bruscamente se ríe.

–Tuve que pagar la mortaja de mi bolsillo. Mil cuatrocientos pesos. Eso le demuestra, ¿eh? Eso le demuestra.

Repite varias veces "Eso le demuestra", como un juguete mecánico, sin decir qué es lo que eso me demuestra. –Tuve que buscar ayuda para cambiarla de ataúd. Llamé a unos obreros que había por ahí. Figúrese cómo se quedaron. Para ellos era una diosa, qué sé yo las cosas que les meten en la cabeza, pobre gente.

–¿Pobre gente?

–Sí, pobre gente. –El coronel lucha contra una escurridiza cólera interior–. Yo también soy argentino.

–Yo también, coronel, yo también. Somos todos argentinos.

–Ah, bueno –dice.

–¿La vieron así?

–Sí, ya le dije que esa mujer estaba desnuda. Una diosa, y desnuda, y muerta. Con toda la muerte al aire, ¿sabe? Con todo, con todo...

La voz del coronel se pierde en una perspectiva surrealista, esa frasecita cada vez más remota encuadrada en sus líneas de fuga, y el descenso de la voz manteniendo una divina proporción o qué. Yo también me sirvo un whisky.



La cara del coronel es casi invisible. Sólo el whisky brilla en su vaso, como un fuego que se apaga despacio. Por la puerta abierta del departamento llegan remotos ruidos.



–Para mí no es nada –dice el coronel–. Yo estoy acostumbrado a ver mujeres desnudas. Muchas en mi vida. Y hombres muertos. Muchos en Polonia, el '39. Yo era agregado militar, dése cuenta.

Quiero darme cuenta, sumo mujeres desnudas más hombres muertos, pero el resultado no me da, no me da, no me da... Con un solo movimiento muscular me pongo sobrio, como un perro que se sacude el agua.

–A mí no me podía sorprender. Pero ellos...

–¿Se impresionaron?

–Uno se desmayó. Lo desperté a bofetadas. Le dije: "Maricón, ¿esto es lo que hacés cuando tenés que enterrar a tu reina? Acordáte de San Pedro, que se durmió cuando lo mataban a Cristo". Después me agradeció.

Miro la calle. "Coca" dice el letrero, plata sobre rojo. "Cola" dice el letrero, plata sobre rojo. La pupila inmensa crece, círculo rojo tras concéntrico círculo rojo, invadiendo la noche, la ciudad, el mundo. "Beba".

–Beba –dice el coronel.

Bebo.

–¿Me escucha?

–Lo escucho.

–Le cortamos un dedo.

–¿Era necesario?

El coronel es de plata, ahora. Se mira la punta del índice, la demarca con la uña del pulgar y la alza.

–Tantito así. Para identificarla.

–¿No sabían quién era?

Se ríe. La mano se vuelve roja. "Beba".

–Sabíamos, sí. Las cosas tienen que ser legales. Era un acto histórico, ¿comprende?

–Comprendo.

–La impresión digital no agarra si el dedo está muerto. Hay que hidratarlo. Más tarde se lo pegamos.

–¿Y?

–Era ella. Esa mujer era ella.

–¿Muy cambiada?

–No, no, usted no me entiende. Igualita. Parecía que iba a hablar, que iba a... Lo del dedo es para que todo fuera legal. El profesor R. controló todo, hasta le sacó radiografías.

–¿El profesor R.?

–Sí. Eso no lo podía hacer cualquiera. Hacía falta alguien con autoridad científica, moral.

En algún lugar de la casa suena, remota, entrecortada, una campanilla. No veo entrar a la mujer del coronel, pero de pronto está ahí, su voz amarga, inconquistable:

–¿Enciendo?

–No. –Teléfono.

–Decíles que no estoy.

Desaparece.

–Es para putearme –explica el coronel–. Me llaman a cualquier hora. A las tres de la madrugada, a las cinco.

–Ganas de joder –digo alegremente.

–Cambié tres veces el número del teléfono. Pero siempre lo averiguan.

–¿Qué le dicen?

–Que a mi hija le agarre la polio. Que me van a cortar los huevos. Basura.

Oigo el hielo en el vaso, como un cencerro lejano.

–Hice una ceremonia, los arengué. Yo respeto las ideas, les dije. Esa mujer hizo mucho por ustedes. Yo la voy a enterrar como cristiana. Pero tienen que ayudarme.

El coronel está de pie y bebe con coraje, con exasperación, con grandes y altas ideas que refluyen sobre él como grandes y altas olas contra un peñasco y lo dejan intocado y seco, recortado y negro, rojo y plata.

–La sacamos en un furgón, la tuve en Viamonte, después en 25 de Mayo, siempre cuidándola, protegiéndola, escondiéndola. Me la querían quitar, hacer algo con ella. La tapé con una lona, estaba en mi despacho, sobre un armario, muy alto. Cuando me preguntaban qué era, les decía que era el transmisor de Córdoba, la Voz de la Libertad.

Ya no sé dónde está el coronel. El reflejo plateado lo busca, la pupila roja. Tal vez ha salido. Tal vez ambula entre los muebles. El edificio huele vagamente a sopa en la cocina, colonia en el baño, pañales en la cuna, remedios, cigarrillos, vida, muerte.

–Llueve –dice su voz extraña.

Miro el cielo: el perro Sirio, el cazador Orión.

–Llueve día por medio –dice el coronel–. Día por medio llueve en un jardín donde todo se pudre, las rosas, el pino, el cinturón franciscano.

Dónde, pienso, dónde.

–¡Está parada! –grita el coronel–. ¡La enterré parada, como Facundo, porque era un macho!

Entonces lo veo en la otra punta de la mesa. Y por un momento, cuando el resplandor cárdeno lo baña, creo que llora, que gruesas lágrimas le resbalan por la cara.

–No me haga caso –dice, se sienta–. Estoy borracho.

Y largamente llueve en su memoria.

Me paro, le toco el hombro.

–¿Eh? –dice–. ¿Eh? –dice.

Y me mira con desconfianza, como un ebrio que se despierta en un tren desconocido.

–¿La sacaron del país?

–Sí.

–¿La sacó usted?

–Sí.

–¿Cuántas personas saben?

–Dos.

–¿El Viejo sabe?

Se ríe.

–Cree que sabe.

–¿Dónde?

No contesta.

–Hay que escribirlo, publicarlo.

–Sí. Algún día.

Parece cansado, remoto.

–¡Ahora! –me exaspero–. ¿No le preocupa la historia? ¡Yo escribo la historia y usted queda bien, bien para siempre, coronel!

La lengua se le pega al paladar, a los dientes.

–Cuando llegue el momento... usted será el primero... –No, ya mismo. Piense. *Paris Match. Life.* Cinco mil dólares. Diez mil. Lo que quiera.

Se ríe.

–*¿Dónde, coronel, dónde?*

Se para despacio, no me conoce. Tal vez va a preguntarme quién soy, qué hago ahí.

Y mientras salgo derrotado, pensando que tendré que volver, o que no volveré nunca. Mientras mi dedo índice inicia ya ese infatigable itinerario por los mapas, uniendo isoyetas, probabilidades, complicidades. Mientras sé que ya no me interesa, y que justamente no moveré un dedo, ni siquiera en un mapa, la voz del coronel me alcanza como una revelación:

–Es mía –dice simplemente–. Esa mujer es mía. 

ciones De la Flor.

Recitales Verano '98
MUSICA JUNTO AL MAR

En la plaza Almirante Brown, a partir de las 21 hs. Libre y gratuito, organizado por el gobierno bonaerense a través de la Subsecretaría de Cultura.

Miércoles 28, Pimpinela

Santiago Villalba, de Moreno, ganador de los Torneos, cantará previamente.

Programación Enero y Febrero '98

VERANO BONAERENSE

TEATRO AUDITORIUM - Programación Enero y Febrero '98



TEATRO AUDITORIUM

24, 25, 29, 30 y 31 de enero (22.30 hs.)
"Sardinas Ahumadas"
Con Victoria Carreras y María Marchi
De Jean-Claude Danaud. Versión y dirección: Kado Kostzer.
Es la caricatura de cierta burguesía, un catálogo de los prejuicios y temores de los recién llegados a la gran ciudad. Dos mujeres se encuentran del otro lado del muro de una mansión. Concepción es una mujer que vive en la calle, Remedios es una sirvienta paraguaya que al encontrarse entablarán una fuerte amistad y entre las dos tratarán de modificar sus situaciones.
SALA GREGORIO NACHMAN

24, 25, 28, 29, 30, 31 de enero (20.30 hs.)
"Qué difícil es decir adiós"
De Jorge Núñez. Elenco: María Concepción César, Alfonso De Grazia, Marcos Zucker. Dirección: Alberto Cattan.
El amor, signo o símbolo irreemplazable de cualquier etapa de la vida, es un disparador no sólo de los sentimientos sino también de las conductas; nos hace sentir eufóricos, nos destruye, nos hace traicionar, nos redime, nos induce a hacer tonterías o grandezas.
TEATRO ROBERTO J. PAYRO

26 (21.30 hs.)
"Alegría, duende... y olé". Los Malagueños
Toda la gama de la danza española, desde la escuela bolera hasta el flamenco.
TEATRO ROBERTO J. PAYRO
26 (23.00 hs.)
"Piazzolla, una pasión"
Grupo Vocal TEV
TEATRO ROBERTO J. PAYRO

26, 27 (19.30 hs.)
"Patas Cortas". Grupo Teatrantes
Elenco: Mónica Arrech, Gabriel Celaya, Cecilia Martín y Leo Rizzi. Espectáculo infantil donde se destacan los trucos de magia, el humor y una particular historia de humor. Los protagonistas son: el león Patas Cortas, el detective privado Escondetequeteencuentro y la Maga, dueña de un circo vecino.
SALA GREGORIO NACHMAN

26, 27 (21 hs.)
"Ni alas, ni raíces"
Agrupación teatral ¿Qué perdemos? Libro y dirección: Julio Lascano
En tono de comedia, la pieza aborda el tema de la libertad en sus diversas manifestaciones.
SALA GREGORIO NACHMAN

26, 27 (23 hs.)
"Al sur del canto"
Suma Paz, Alfredo "Indio" Urquiza, Jorge Víctor Andrada y la pareja de baile Juan Carlos Luna.
Espectáculo de canto, danza y poesía que permite disfrutar de las composiciones de Atahualpa Yupanqui, Martínez Paiva, Ñusta de Piorno, Alfredo Zitarrosa, José Hernández, entre otros.
SALA GREGORIO NACHMAN

27, 28 (23 hs.)
"Artistas de patio"
Luisa Calcumil y el Grupo de Teatro La Cuadrilla
Refleja la ternura, el realismo mágico de las zonas del sur, el modo en que distintos personajes venidos de lugares disímiles, cada uno con su historia, va encontrando un lugar para trabajar y vivir, como también amores y odios.
TEATRO ROBERTO J. PAYRO

27 (22 hs.)
"La nave entre-abierta" (Danza itinerante)
Grupo DANZARES, con la participación especial del actor Carlos Juárez.
El grupo Danzares se introduce en un canal de búsquedas abiertas, donde fluyen sensaciones cotidianas. La resistencia al tiempo, relaciones atemporales, encuentros y desencuentros mientras se transita por un mundo que se mueve a velocidad vertiginosa.
ESPACIO NAVE

28 (21 hs.)
"Con el alma". Canciones de amor y agua
De Néstor Zapata y Osvaldo Buzzo.
Música y poesía a cargo de Enrique Llopis, Carlos Schwaderer y elenco.
SALA GREGORIO NACHMAN

28, 29 (21 hs.)
"Rosas rojas para dos damas tristes"
De Susana Hubeid. Con Esther Borda, Marta Rigau y Aníbal Arraez.
Dirección: Horacio Montanelli.
La monótona existencia de dos mujeres solteras, Delmira y Agustina, que se sobreponen a una vida gris sin perspectivas, limitadas por la soledad, eldesamor y por ese microcosmos en el que están inmersas..., hasta que aparece Homolka, un mecánico simple, primitivo y oportunista. Las situaciones hacen aflorar la naturaleza de los tres personajes con humor y sutileza.
SALA GREGORIO NACHMAN

28, 29 (24 hs.)
Cine Arte Auditorium
SALA ASTOR PIAZZOLLA

24, 25, 29, 30, 31 (22.30 hs.)
"Luisa Fernanda"
Zarzuela de Moreno Torroba.
Con Vicente Lo Piano, Rubén Torres y gran elenco
TEATRO ROBERTO J. PAYRO

30 (21 hs.)
"Desnuda de terciopelo"
Unipersonal de Mónica Alfonso. Dirección: Chiqui González
Terciopelo, tul, lycra y seda son las texturas que van tejiendo un mundo propio para representar los sueños, la pubertad y el matrimonio, la seducción y la siempre feroz función de la memoria. Basado en textos de Luis de Góngora, Chico Buarque, Eduardo Galeano, Margueritte Duras, Javier Villafañe, entre otros.
SALA GREGORIO NACHMAN

26, 27 (0.30 hs.)
"De los innumerables desencuentros de dos suicidas en una cornisa"
Con María Asunción Bellido y Eduardo Alías. Dirección Marcelo Marán.
Dos suicidas, o al menos ellos piensan eso, suben a respirar por última vez el aire viciado de un mundo que los ha dejado al margen, sin proyectos. Los personajes, entre humor y tragedia, juegan patéticamente a sostenerse en los márgenes de una cornisa sabiendo que lo de ellos es vocación por el vacío.
SALA GREGORIO NACHMAN

25, 28, 29 (21.30 hs.)
"Esperando a Godot"
De Samuel Beckett. Con Patricio Contreras, Perla Santalla, Mario Pasik y elenco. Dirección: Leonor Manso.
Desde su estreno en París en 1953 la obra de Samuel Beckett no ha dejado de representarse en todo el mundo. La incertidumbre, la inquietud, el juego, la religión, la autoridad, y las relaciones humanas se ponen de manifiesto en esta genial obra que abre un antes y un después en la historia universal del teatro.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

11 de febrero (20.30 hs.)
"Dos hombres y una guitarra: sones y decires"
Alberto Chahín y Oscar Valverde
Los sones serán en guitarra criolla, acústica y amplificada, con obras de Bach, Paganini y Piazzolla, entre otros; los decires con textos y poesías de Borges, Galeano, Benedetti, Storni y Pablo Neruda.
SALA GREGORIO NACHMAN

24, 25, 29, 30, 31 (19.30hs.)
"Viento en popa"
Grupo TEATRANTES
Mónica Arrech, Alfredo Bruzzone, Víctor Iturralde, Gabriel Celaya, Cecilia Martín y Leonardo Rizzi.
Este espectáculo infantil propone una atractiva aventura que puede jugar con la imaginación a través de la acción y el suspenso. En Puerto Nuevo, lugar donde se desarrolla la obra, un grupo de pescadores, entre ellos Papadópulos, debe enfrentarse a la temible Mantaraya.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

Febrero 27 y 28 (23 hs.)
"Nuevas aventuras a dos pianos"
Jorge Navarro y Baby López Furst.
Dos eximios pianistas deciden unir sus talentos amalgamando dos estilos y dos sentimientos para hacerlos coincidir en una misma vena creativa, volando al más alto nivel del jazz del mundo a través de Gershwin, Cole Porter, Duke Ellington, Chick Corea, Thelonius Monk, entre otros.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

27 (21.30 hs.)
HORACIO SALGAN / UBALDO DE LIO junto a GABRIELA TORRES
SALA ASTOR PIAZZOLLA

Febrero
LOS CHALCHALEROS
"Memoria de un tiempo vivo"
Festejándose el 49º aniversario de Los Chalchaleros, Juan Carlos Saravia, Polo Román, Francisco "Pancho" Figueroa y Facundo Saravia regresan a este escenario a pedido del público con "Memoria de un tiempo vivo", tal es el nombre de la zamba de Jaime Dávalos y Eduardo Falú que le da el título al espectáculo.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

27 y 28 (19.30 y 23.30 hs)
"Pablo Picasso"
Diaporama sobre el genial pintor español.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

30 y 31 (22 y 21.30 - 23.30 hs. respectivamente)
"Vincent y los cuervos" de Pacho O'Donnell
Dirección: Daniel Lambertini.
Elenco: Freddy Virgolini, José Luis Britos, Caco Grassi, Erico Mavers, Carlos Issa, Rosi Alvarez, Marcela Lucero y Mercedes Muñoz.
Basada en la vida de Vincent Van Gogh en la obra, "Un suicidado de la sociedad", de Antonio Artaud, nos transporta al mundo de la lucha personal del pintor. Lucha y rebelión contra lo establecido, por expresar su arte en contraposición del mundo del valor del dinero: drama real, visceral, lleno de pasión, de sentimientos y de reflexión. Juegos de representación que los devuelve a la esencia del verdadero arte de la expresión teatral.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

NECOCHEA Enero '98

"PRIMER FESTIVAL EN EL BOSQUE"
Más de 20 bandas de rock participarán del ciclo. ROCK EN LA COSTA ATLANTICA.
Lugar: el Anfiteatro Miguel Lillo, en caso de lluvia en el Club Huracán (Av. 75 y 58).
Entrada: 8 pesos. El público podrá obtenerlas en 83 y 4 bis.

Sábado 24
LAS PELOTAS

Domingo 25
BABASONICOS, ILLYA KURYAKI, LOS BRUJOS, MASACRE, PIRATA INDUSTRIAL

Martes 28
FABIANA CANTILO, LOS TWIST, CELESTE CARBALLO, MG SPUMER

Miércoles 29
PAPPO'S BLUES, TURF

Jueves 30
ALMAFUERTE